

L.S. HILTON

MAESTRA



Maestra

L. S. Hilton

Traducción de
Santiago del Rey



Rocaeditorial

MAESTRA

L. S. Hilton

LA NOVELA MÁS SEXY QUE LEERÁS ESTE AÑO.

De día, Judith Rashleigh es una joven ayudante en una prestigiosa casa de subastas de Londres. De noche, se convierte en una acompañante seductora y segura de sí misma en un sórdido club de alterne del centro de la ciudad.

Pero cuando Judith descubre un fraude millonario en el mundo del arte y es despedida antes de poder denunciarlo, su doble vida se ve radicalmente trastornada.

En su desesperación, huye a la Riviera francesa con un rico cliente del club y accede a un mundo tan glamouroso como corrupto.

Durante todo este tiempo, Judith ha aprendido a vestir elegantemente, a hablar con acento impostado y a actuar ante los hombres. Ha aprendido a ser una buena chica. Sin embargo, tiene una amiga que una buena chica como ella no debería tener: la rabia.

Al saber que los tentáculos del complot pueden alcanzarla, Judith tiene que confiar en su fuerza de voluntad y traspasar todos los límites para poder sobrevivir.

ACERCA DE LA AUTORA

L. S. Hilton creció en Inglaterra y ha vivido en Key West, Nueva York, París y Milán. Tras licenciarse en Oxford, estudió Historia del Arte en París y Florencia. Ha trabajado como periodista, crítica de arte y locutora, y vive en Londres. *Maestra* es el primer título de una aguda y sofisticada trilogía que se ha convertido en todo un fenómeno editorial, publicado en más de treinta países. Actualmente, L. S. Hilton está colaborando con Erin Cressida Wilson en el guion de la película de *Maestra*, cuyo estreno mundial será en 2017.

ACERCA DE LA OBRA

«Fascinante, uno de los personajes femeninos más memorables de la ficción reciente.»

AMY PASCAL, COLUMBIA PICTURES

«*Maestra* es el libro del momento, el libro del que nadie puede dejar de hablar [...]. Desde sus picantes escenas sexuales y su serie internacional de asesinatos hasta esa protagonista que me mantuvo en vilo durante todo el libro, *Maestra*

reúne todos los elementos. Un *thriller* que me sigue obsesionando y que me sorprendió con cada uno de sus giros.»

LAUREN MONACO, DIRECTORA DE VENTAS DE PENGUIN RANDOM HOUSE

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Prólogo

PRIMERA PARTE: Fuera

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

SEGUNDA PARTE: Dentro

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

TERCERA PARTE: Fuera

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

CUARTA PARTE: Fuera

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

EPÍLOGO: Dentro

Créditos

Al Dios Nórdico de todas las cosas,
con mi gratitud

Prólogo

Entre un repiqueteo de tacones sobre el parquet, amortiguado por el frufrú de los pesados dobladillos, cruzamos el corredor hasta unas puertas dobles. Un discreto murmullo indicaba que los hombres ya aguardaban dentro. En la habitación, iluminada con velas, habían dispuesto mesitas entre sofás y sillas bajas. Los camareros lucían uniformes de satén negro, con chaquetas de botonadura cruzada, cuya tela brillante contrarrestaba la rigidez almidonada de las camisas. Aquí y allá relucía un gemelo o un elegante reloj de oro a la luz de las velas, o se insinuaba un monograma bordado bajo un vistoso pañuelo de seda. El panorama habría resultado más bien ridículo y teatral si los detalles no hubieran sido tan perfectos; pero yo estaba hipnotizada, sentía que mi pulso se había vuelto lento y profundo. Advertí que Yvette se alejaba escoltada por un hombre con una pluma de pavo real prendida en la manga; alcé los ojos y vi que se acercaba hacia mí otro hombre, este con una gardenia como la mía en la solapa.

—¿Es así como funciona?

—Mientras comemos, sí. Luego puede elegir. *Bonsoir*.

—*Bonsoir*.

Era alto y delgado, aunque su cuerpo parecía más joven que su rostro, algo endurecido y arrugado; tenía el cabello entrecano peinado hacia atrás sobre la frente despejada, y unos ojos de párpados algo caídos, como un santo bizan-

tino. Me guio hasta un sofá, aguardó a que tomara asiento y me ofreció una sencilla copa de cristal de vino blanco, un vino limpio y con un toque mineral. Toda la formalidad tenía un punto juguetón, pero a mí me gustaba esa coreografía. Obviamente, Julien valoraba el placer de la expectativa. Las camareras semidesnudas reaparecieron con platitos de diminutos pasteles de langosta, luego con lonchas de pato en salsa de miel y jengibre y, finalmente, con unas tejas llenas de fresas y frambuesas. Simples simulacros de comida, nada que pudiera saciarnos.

—Los frutos rojos le dan al sexo de una mujer un sabor delicioso —observó mi compañero de mesa.

—Lo sé.

Había algunas conversaciones en voz baja, pero la mayoría de la gente se limitaba a observar y beber, deslizándose la mirada de uno a otro comensal, deteniéndose en los veloces movimientos de las camareras, que tenían cuerpos de bailarina: esbeltos pero musculosos, con pantorrillas poderosas por encima de sus botas ceñidas. ¿Un pluriempleo en sus horas libres del *corps de ballet*? Entreví a Yvette al otro lado del comedor comiendo los higos rellenos de almendras que le daba su compañero con un tenedor de plata de púas afiladas: su cuerpo desplegado perezosamente como una serpiente, un muslo oscuro asomando entre la seda roja.

Las camareras circularon solemnemente entre las mesas con unos apagavelas, atenuando las luces entre una nube de humo de cera. Entonces noté la mano de él en mi muslo, acariciándome en lentos círculos, con calma, y enseguida sentí una tensión de respuesta entre las piernas. Las chicas depositaron en las mesitas unas bandejas lacadas que contenían condones, frascos de aceite de monoï y lubricante decantado en cóncavos platillos para dulces. Algunos de los invitados se besaban, contentos con la pareja que les

había tocado; otros se levantaban educadamente y cruzaban la habitación para buscar la presa que habían escogido con anterioridad. Yvette tenía la túnica totalmente abierta y la cabeza de su compañero entre las piernas. Capté su mirada; ella sonrió con complacencia y luego se dejó caer hacia atrás sobre los almohadones, con la expresión de éxtasis de un drogadicto en trance.

PRIMERA PARTE

Fuera

Capítulo 1

Si me preguntáis cómo empezó todo, podría decir sinceramente que la primera vez fue un accidente. Eran alrededor de las seis de la tarde, esa hora en que la ciudad vuelve a girar sobre su eje, y aunque las calles se veían azotadas por el viento helado de otro mes de mayo de mierda, el interior de la estación de metro resultaba bochornoso y húmedo: un sórdido panorama de periódicos y envoltorios tirados por el suelo, de turistas irritables con ropa estridente que se apretujaban entre los trabajadores de expresión vacía y resignada. Yo estaba esperando en el andén de la línea Piccadilly, en Green Park, tras el fantástico comienzo de otra fantástica semana de maltratos y paternalismos en mi fantástico empleo. Mientras el tren del lado opuesto se alejaba, sonó un ronco murmullo entre la multitud. La pantalla indicaba que el siguiente tren se había quedado atascado en Holborn. Alguien en la vía, seguramente. Típico, decían las caras de la gente. ¿Por qué siempre tenían que tirarse a la vía a la hora punta? Los pasajeros del otro andén empezaban a desfilar. Entre ellos había una chica con unos tacones matadores y un ajustado vestido azul eléctrico. «Un Alaïa de la temporada pasada comprado en Zara», pensé. Seguramente iba de camino a Leicester Square para reunirse con otras pringadas tan horteras como ella. Tenía una cabellera extraordinaria: una gran melena de color ciruela a base de extensiones, con una especie de hilo dorado tren-

zado entre las mechas, que relucía bajo la luz de los neones.

—¡Judyyyy! ¡Judy! ¿Eres tú?

Se había puesto a hacerme señas con entusiasmo, pero yo fingí que no la oía.

—¡Judy! ¡Aquí!

La gente empezaba a mirar. La chica se bamboleó peligrosamente junto a la línea amarilla de seguridad.

—¡Soy yo! ¡Leanne!

—Su amiga la está saludando —me dijo, servicial, la mujer que tenía al lado.

—¡Nos vemos arriba en un minuto!

Ahora ya no oía ese acento a menudo. Y jamás habría esperado volver a oír el suyo. Obviamente, ella no iba a desaparecer por arte de magia; y como el tren no daba señales de llegar, me eché al hombro mi pesado maletín de cuero y me abrí paso entre la multitud.

Estaba esperándome en el pasillo entre ambos andenes.

—Jo, tía. ¡Ya decía yo que eras tú!

—Hola, Leanne —dije con cautela.

Ella dio unos pasos vacilantes y me echó los brazos al cuello como si yo fuese una hermana desaparecida y añorada.

—Pero mírate, por favor. Tan súper profesional. No sabía que vivías en Londres.

Me abstuve de señalar que eso era porque hacía una década que no hablábamos. Mantener amistades por Facebook no era mi estilo, y no me gustaba que me recordasen mis orígenes.

Enseguida me sentí como una cerda.

—Estás fantástica, Leanne. Me encanta tu pelo.

—Ya no me llamo Leanne, en realidad. Ahora soy Mercedes.

—¿Mercedes? Es... bonito. Yo uso Judith casi siempre.

Suena más adulto.

—Sí, bueno. Mira cómo estamos las dos. Tan adultas ya.

No creo que yo supiera, en aquel entonces, qué significaba ser adulta. Me pregunté si ella lo sabría.

—Escucha, tengo una hora libre antes del curro. —El «curro»—. ¿Te apetece una copa rápida para ponernos al día?

Habría podido decirle que estaba liada, que tenía prisa; haber anotado su número como si pensara llamarla. Pero ¿a dónde tenía que ir, en realidad? Además, había algo en esa manera de hablar que me resultaba curiosamente agradable por lo conocido; que me hacía sentir sola y reconfortada a la vez. Solo me quedaban dos billetes de veinte libras, y todavía faltaban tres días para cobrar. Pero bueno, ya saldría algo.

—Claro —dije—. Te invito a una copa. Vamos al Ritz.

Dos cócteles de champán en el bar Rivoli: 38 libras. Ahora solo me quedaban doce en la tarjeta Oyster y dos en metálico. No podría comer gran cosa hasta que terminara la semana. Tal vez fuera una estupidez alardear así, pero a veces hay que poner una cara desafiante frente al mundo. Leanne, o sea, Mercedes, pescó ávidamente la guinda con una extensión de uñas de color fucsia y dio un sorbo jovial.

—Qué detallazo, gracias. Aunque ahora prefiero el Roederer.

¡Champán Louis Roederer! Me estaba bien empleado por darme aires.

—Yo trabajo por aquí cerca —dije—. Temas de arte. En una casa de subastas. Me encargo de los Antiguos Maestros.

No era así, en realidad, pero tampoco era de temer que Leanne pudiera distinguir un Rubens de un Rembrandt.

—Qué sofisticado —respondió. Ahora parecía aburrida y jugueteaba con la pajita del cóctel. Me pregunté si estaría

arrepintiéndose de haberme llamado en el metro; pero en vez de enfadarme, sentí el patético impulso de complacerla.

—Suenas sofisticado —dije con tono confidencial, notando que el brandy y el azúcar se deslizaban suavemente por mis venas—. Pero pagan fatal. Siempre estoy sin blanca.

«Mercedes» me explicó que llevaba un año en Londres. Trabajaba en una champañería en St. James's.

—Tiene clase, supongo, pero siempre está lleno de los mismos viejos cretinos. Nada turbio ¿eh? —se apresuró a añadir—. Es solo un bar. Y las propinas son increíbles.

Dijo que estaba ganando dos mil libras a la semana.

—Pero con tantas copas te pones kilos encima —dijo tristemente, tocándose una barriga diminuta—. Aunque no he de pagarlas, claro. Vacíalas en las plantas, si quieres, me dice Olly.

—¿Olly?

—El dueño. Oye, Judy, deberías venir un día. Podrías hacer un poco de pluriempleo, si estás mal de pasta. Olly siempre anda buscando chicas. ¿Pedimos otra?

Una pareja mayor vestida de etiqueta, seguramente de camino a la ópera, ocupó la mesa de delante. La mujer examinó críticamente las piernas falsamente bronceadas de Mercedes, su rutilante escote.

Mercedes se giró en la silla y, lenta y deliberadamente, mirando a los ojos a la mujer, descruzó y volvió a cruzar las piernas, ofreciéndonos a mí y al viejo gilipollas que la acompañaba un atisbo de un tanga negro de encaje. No hizo falta preguntarle a nadie si había algún problema.

—Como te decía —continuó, cuando la vieja se concentró en la carta con la cara como la grana— es súper divertido. Las chicas son de todas partes. Tú podrías quedar despampanante si te emperifollases un poco. Venga, vamos.

Bajé la vista hacia mi traje negro Sandro de tweed. Cha-